

# Tauromaquia

## Despedida de Antonio Lomelín

Por **ENRIQUE GUARNER**

No existe duda de que han habido despedidas mucho más tumultuosas y apasionadas que la que se le dio al diestro Antonio Lomelín, pero difícilmente las habrá con la misma intensidad emotiva. La razón se deriva de que el acapulqueño conservó hasta el último instante de su vida torera y a pesar del sentimentalismo que despiertan "Las Golondrinas", una dignidad y nobleza sustanciales. El mismo público con sus ovaciones postreras lo premió porque a lo largo de su carrera mantuvo una hondura y madurez que pocos han sostenido.

El momento culminante de la corrida ocurrió cuando Lomelín se emplazó en los medios del ruedo para citar con la muleta a "Segador", marcado con el número 144 y con 484 kilos de peso, cárdeno entrepelado y el torero se la jugó una vez más con un péndulo escalofriante aguantando sin chistar la posible cornada. Digo que arriesgarse porque hasta ese momento el comportamiento del burel no había sido nada fácil al no dejarse torear de capa, asistir con indecisión ante picadores y realizar toda suerte de extraños en el segundo tercio. Es más, después del pase cambiado por la espalda el astado embarulló al acapulqueño en la primera serie de muletazos en redondo, por lo que optó por llevárselo al terreno cercano a toriles donde logró imponerse el mando de torero, dibujando los redondos y circulares, algunos de ellos con gran lentitud.

No me cabe duda que Antonio Lomelín debe haberse acordado en el momento del 28 de mayo de 1970, cuando en Madrid en plena Feria de San Isidro y sin remotamente llevar la propaganda de Manolo Martínez, obtuvo un sonado triunfo con dos toros de Alonso Moreno de la Cova a los que les cortó tres orejas saliendo a hombros por la puerta grande del coso de Las Ventas. A pesar de aquella gran victoria aquí se le siguieron regateando los aplausos y tuvo que sufrir numerosas cornadas, siendo la más grave la que le ocasionó el toro "Bermejo" de Xajay el 16 de febrero de 1975, la cual lo tuvo muchos meses sin poder torear. Afortunadamente para Lomelín su esfuerzo tuvo recompensa y a principios de los ochentas logró colocarse en el primer plano con grandes triunfos como aquel en que toreado mano

a mano con Manolo Martínez le ganó la pelea con su faena a "Luna Roja" de Xajay. Lo anterior nunca le fue perdonado por los fanáticos del regiomontano que no podían ver el que ningún torero le hiciera sombra y el acapulqueño tuvo que pasar por mil vicisitudes y ya nunca se le reconoció como un torero importante.

Sin embargo, no puedo quitar de aquí su mucha participación en la decadencia al llevar una vida demasiado desordenada y poseer un carácter tan brusco como su estilo de torear. En otras palabras, se le empezó a colocar en carteles de segunda categoría y con toros ilidiables.

Todo ello hizo que su despedida fuera noble y torera ya que Antonio Lomelín no cabe en el morbo o en esquivar su responsabilidad. Fue por esta razón que su triunfo del domingo puede considerarse como apoteótico y sus manoletinas mirando al tendido, así como su media estocada final le devolvieron el lugar que debió haber consolidado.

Lógicamente este artículo laudatorio dará lugar a que algunos aficionados se pregunten: ¿Qué quiere usted decir que no había defectos o imperfecciones en el toreo de Lomelín? La respuesta es que existían muchas deficiencias como su inconsistencia y falta de finura, pero lo que nadie podrá negar es su innegable entrega y valor, así como su gran espectacularidad, por lo que hacía honor a la frase de Miguel de Unamuno con la que encabezó una de sus grandes novelas: **NADA MENOS QUE TODO UN HOM-BRE**